

UNDECIMA CONFERENCIA.

EN FAMILIA

Recordad por un momento, el día de vuestra primera entrada al liceo, para vuestros estudios clásicos. Al llegar, habéis hallado muchos discípulos destinados á ser vuestros amigos; desde luego no habéis conocido ni á uno sólo; y esto no os ha sorprendido, no ha habiéndolos visto nunca. Pero podríais haberlos dicho muy naturalmente: —¿Cómo voy á acostumbrarme á todos esos condiscípulos? Nunca seré capaz de distinguir á los unos de los otros, y de apreciar sus diferencias. Todos son semejantes entre sí; todos tienen cabeza, brazos, piernas y un cuerpo. Todos esos rostros parecen los mismos; tienen una nariz, dos ojos y una boca; en fin, las mismas líneas y las mismas facciones. Todos esos alumnos hablan, andan, obran de la misma manera. ¿Cómo pues no confundirlos?

Y si hubiérais partido al día siguiente, hubierais dicho: —He visto á muchas personas, pero no he conocido á ninguna, todas ellas son las mismas.

Y si, habiendo partido, os hubiera sido preciso, después de unos días solamente, designar á algunos de vuestros condiscípulos á un visitador, no hubiérais desempeñado vuestro papel sin titubear y sin vacilaciones.

Mas, poco á poco, llegó el tiempo en el que habéis conocido á todos, con la mayor facilidad, y la cosa pasó muy sencillamente, sin apercibiros de ello. Entonces sabíais sus nombres y apellidos, distinguíais sus caras, y hasta tal señal particular. Ya no confundíais sus voces y sus maneras; habíais

sondeado sus caracteres y habíais llegado á adivinar sus pensamientos. Todos esos alumnos en una palabra, habían llegado á ser para vosotros, como hermanos, no formando más que una sola y misma familia.

Los médicos que quieren entrar en esta familia, quedan sorprendidos desde luego, de la semejanza de todos esos individuos; y entonces, unos salen como entran, es decir, no sabiendo nada, y diciendo: —«He visto, pero no he comprendido nada.»

Otros, á pesar de las dificultades, avanzan siempre en la nueva vía, y siguen con persistencia el hilo de la observación, terminando por salir del dédalo, y llegan, en fin, en medio de la gran familia, en la que todos los miembros también les son perfectamente conocidos.

Examinemos, pues, cuáles son los medios de llegar á ese fin, y cuando ya se está en pleno conocimiento con todos esos individuos, cuál es la manera de conducirse con ellos.

También en familia, es como vamos á conducirnos en este asunto; entre amigos de la Homeopatía vamos á platicar de los principales artículos del código de la práctica hahnemanniana. Jamás las puertas de nuestro conciliábulo están cerra-

das á ninguno, nuestro hermanos disidentes, allí hallarán siempre un lugar, y nos guardaremos bien de decir, como el poeta romano: «Odi profanum vulgus et arceo.» Hacemos á un lado el vulgo profano.

Creo estar obligado á advertiros también, que todo lo que voy á decir, aunque conforme «radicalmente» con las leyes del Maestro es, sin embargo, del dominio de mis opiniones personales; no trato de imponerlas á nadie, porque no me gusta someterme á las opiniones de nadie; asumo la responsabilidad de mis asertos; y, si en algunas cuestiones «secundarias», algunos de mis colegas, me hallan en disidencia con ellos, les suplico me perdonen como les perdono á ellos.

¡Libertad para todos!

En primer lugar, ¿cuáles son los mejores medios de aprender á conocer los medicamentos?

Si yo quisiera imitar la demostración de cierto filósofo pretencioso, os diría que esos medios son tres: el primero, el trabajo; el segundo, el trabajo; el tercero el trabajo.

Yo os lo he dicho y os lo repito, la Homeopatía no es fácil, su materia médica, sobre todo, es muy escarpada, y si para ser un buen alópata es preciso trabajo y tiempo, se necesitan cien veces más es-

fuerzos para ser un buen práctico hahnemanniano.

Mas, ¿cómo debéis trabajar?

Esto puede ser, á la vez, muy sencillo y muy complicado; y depende de la distribución de vuestros estudios.

No adoptéis ninguna división, ninguna clasificación. No hagáis ninguna distinción entre los medicamentos todos ellos son iguales, quiero decir, que presentan todos la misma importancia; todos son semejantes; quiero decir que todos ellos presentan caracteres comunes, conservando sin embargo su estricta individualidad.

No embaracéis vuestras primeras investigaciones en las categorías de «policrestos, psóricos,» etc., el medio más sencillo y más seguro, hele aquí:

Estudiad los medicamentos por orden alfabético, más «escribid vuestras reflexiones analíticas.» Las observaciones secas y especulativas vuelan, mientras que la acción de escribirlas, las fija más sólidamente en la memoria.—Este medio es el que me ha dado mejores resultados.

Después de esto, pasad á la síntesis. Haced aproximaciones, estableced comparaciones, componed grupos, y no me digáis que todos los medicamentos son los mismos, que producen todos delirio,

cólicos, diarrea, vómitos, etc., etc. La más pequeña reflexión, os hará comprender todo esto.

El efecto inmediato de toda substancia medicinal, se dirige primitiva y directamente sobre el sistema nervioso; y entonces ¿cómo no habrá delirio, si el cerebro es afectado desde luego? Todos los medicamentos pasan por el estómago y las vías intestinales; ¿cómo no producir entonces vómitos y diarreas? Todas las medicinas pueden desarreglar todas las funciones, y entonces su acción parece la misma. Pero si tenéis un cuidado escrupuloso en su examen comparativo, muy pronto os apercibiréis que los delirios producidos por la belladona, el opio, el estramonio, el beleño, etc., son muy diferentes. El vómito de la haba de San Ignacio, no es el del emético ó el de la ipecacuana; la diarrea y los cólicos del cobre, de la coloquintida, del veratro, del sublimado, del fósforo, de la coca de Levante, tienen cada uno su matiz. El ardor del arsénico, no es el del carbón vegetal; la sed de la belladona no es la de la anémona de los prados; y las placas dardrosas del mercurio no son las de la dulcamara, etc.

Saber especificar, discernir, individualizar todas esas potencias, todos esos caracteres, todos esos seres morbigenos, no es cosa fácil,

convengo en ello; es preciso un gran hábito, y este hábito no puede adquirirse, sino por estudios serios, un trabajo constante, y una observación paciente y sostenida.

Mas, ¿por qué admirarse que sea preciso trabajar para obtener toda especie de cosecha? Cuando véis un campo cubierto de una bella cosecha, ¿creís que jamás el arado ha trabajado su seno? Y cuando véis á un sabio botánico nombrar distinguir y describir todas las plantas, todas las flores y todos los frutos que encontráis en vuestro paseo, ¿creís que esta facultad sea para él un sexto sentido que ha adquirido durmiendo?

Trabajad pues, pero trabajad, como el agricultor trabaja su campo, es decir todos los días, escribid todas vuestras reflexiones, y que estas reflexiones sean el plan de vuestro espíritu; y él terminará por apropiarse todas esas individualidades medicinales y asimilárselas, como nuestros órganos se asimilan el pan material; y os sucederá lo que os pasó con vuestros condiscipulos del liceo; todos esos medicamentos, llegarán á ser para vosotros una misma familia, cuyos miembros os serán perfectamente conocidos.

Cuando así se ha llegado á conocer la materia médica pura, la primera dificultad que tiene el práctico, es la elección del medicamento. Se

presenta un enfermo en vuestra clínica, ¿cuál es el medicamento que le conviene, y cuál es el medio de hallarle?

Una cosa muy sencilla y que no se comprende bastante, sobre todo en los principios de la práctica homeopática, es que bajo este respecto enfermedad y medicamento, son dos términos sinónimos. Ahora bien, si habéis llegado á apreciar fácilmente las enfermedades, y á distinguirlas unas de otras; á reconocer, en su aparición, su fisonomía y su carácter específico, ¿por qué no podríais llegar á hacerlos familiares, los retratos de los medicamentos?

A lá cabecera del enfermo, des- embarazad vuestro espíritu de toda idea preconcebida, de todo lindero de clasificación; no veáis más que á la enfermedad; y cuando la hayáis, perfectamente reconocido, volved vuestras miradas y vuestra atención, del lado de la galería de los cuadros sintomáticos artificiales, y tomad aquel que os parezca el más semejante á esa enfermedad.

En general, la investigación de la semejanza del medicamento, á la enfermedad es el mejor medio para llegar á la elección de ese primer término.

En particular, estudiad todas las variedades y los principales rasgos de los medicamentos. Todos los

hombres se parecen; cada uno tiene sin embargo, «algo» que hace que no se le confunda con sus vecinos, y que sirve á su amigo, para distinguirlo entre la multitud. Sucede lo mismo con los medicamentos; cada uno tiene su sello especial. Así uno obra de preferencia sobre el cerebro; otro sobre el estómago, otros sobre los miembros inferiores etc. Este manifiesta sus síntomas sobre un solo lado del cuerpo, y aquel en diagonal; unas veces veréis agravaciones por el reposo ó por el movimiento, durante la noche ó durante el día, etc.

Si un médico alópata escuchara este discurso, sorprendido por mi lenguaje, se creería transportado á una sinagoga, y me tomaría por un rabino, hablando hebreo. Nuestra materia médica, en efecto, sería para él, un libro que leería sin comprenderlo, como los cantores de una catedral salmodian el latín, sin saber lo que dicen.

Después de todos esos detalles, tened en cuenta en vuestro examen el sexo, la edad, el temperamento, la moral, las costumbres, los hábitos, y pasad en revista todas las funciones. Es casi fútil, hacer semejante observación, todo práctico observador, se conduce de esa manera.

Pero «sobre todo,» id á la investigación de la causa de la enferme-

dad. Entiendo la causa apreciable y mediata, puesto que la causa radical nos es desconocida.

Este precepto admirará un poco á nuestros colegas alópatas, que creen tener el monopolio de la ciencia etiológica, y poseer el derecho exclusivo de recoger en ese Pactolo, todas las arenitas de oro.

Es preciso oírles decir todos los días con énfasis:

—«Nosotros tratamos las causas, mientras que vosotros, no tratáis más que los síntomas.»—Así el profesor Alquié, en su «Précis de la doctrine Medicale de Montpellier.» en la página 194, reprocha á Hahnemann, haber confundido «la forma» con el «fondo,» mientras que Hipócrates distinguió las afecciones morbosas por su «naturaleza,» y no por la «forma.»

Mas, perdonadme, señor profesor; ¿qué entendéis por «naturaleza» de una enfermedad?

Cuando hayáis respondido á esta pregunta, si acaso podéis responder á ella,—os preguntaré todavía:—¿Cómo se reconoce la naturaleza de las enfermedades, despreciando su forma? ¿Cómo podríais distinguir á todos vuestros amigos, los unos de los otros, despojándolos de sus vestidos ordinarios, y cubriéndoles el rostro?

Si no podéis ver el fondo de los

mares, contentáos con navegar en «su superficie.»

Fijáos, ante todo, en la causa de la enfermedad. En los casos agudos, que los antecedentes suministrados por el enfermo y los que le rodean, sirvan siempre de antorcha para vuestro diagnóstico; y en los casos crónicos, comenzad «siempre» por dar el remedio que hubierais dado, si hubierais sido consultado al día siguiente del nacimiento de la enfermedad. Para ser más claro, voy á permitirme citaros dos ejemplos de mi práctica particular.

Un día se me llamó para asistir á un niño, ciego hacía algun tiempo. Varios médicos lo habían tratado antes que yo,—porque soy homeópata, y ya está dicho todo; no se nos viene á consultar sino en casos desesperados, lo sabéis, y para pedirnos milagros,—pero todo tratamiento había sido infructuoso. No me atreví á emprender luego ninguna medicación,—lo confieso. Pero, cuando los padres me dijeron, que ellos atribuían la ceguera de su hijo á una caída, consentí inmediatamente, con gusto, en intentar la curación. Le hice tomar, á mañana y tarde, una cucharada cafetera de una poción de «árnica» no me acuerdo en que dilución,—y ocho días después, el niño, con gran admiración de varios testigos, co-

rría en zig-zag á través de las sillas que yo había dispuesto en mi consultorio, con un desorden calculado.

Sabéis que el «árnica montana» es el medicamento de los golpes, caídas, heridas, etc.

Otro día fui llamado para un enfermo atacado de una enfermedad crónica, y condenado á muerte por una junta de médicos. Estaba hidrópico. Este hombre, bastante flaco en su estado normal, estaba entonces con una gordura deforme. No consentí en arriesgar un tratamiento, sino hasta que mis investigaciones me descubrieron que había tenido la sarna, antes de su enfermedad, y cuando sus padres me dijeron que los médicos vulgares habían reparado en esta circunstancia. Entonces lo traté como si hubiera tenido la sarna, y con éxito, y tanto que el enfermo, en el primer día de su salida, fué á pagarles á los tres médicos que lo habían condenado á muerte.

Ciertamente, señores, no hablo de estos hechos, ni de otros muchos, que he tenido en mi práctica, para quemar dos granos de incienso en mi pebetero, y probaros que he curado á los ciegos, y que digo á los hidrójicos: «Toma tu lecho y anda.» No, nada de malas disputas; queremos sencillamente haceros ver, que nosotros también, tra-

tamos las causas de las enfermedades; que, con toda certeza las descuidamos menos que vosotros: «Tolle causam,» quitad la causa, decimos con más fuerza que vosotros.

Si, buscad la causa de las enfermedades, buscadla por doquiera, en las costumbres, los hábitos y las inclinaciones del sugeto.

No descuidéis el clima, y todo lo que se refiera á las diversas constituciones atmosféricas; fijad vuestra atención sobre «la índole» de las enfermedades reinantes. Pero, sobre todo, en las enfermedades crónicas, escudriñad los antecedentes con el más escrupuloso análisis, y llevad vuestro exámen hasta las profundidades de las afecciones hereditarias. Muy frecuentemente en los repliegues del pasado, es en donde se puede sorprender, adormecido, el secreto del presente.

Si, tratad la causa, y esto, á despecho de todas las pretensiones de los demás síntomas, para hacer valer su derecho al medicamento apropiado. Ejemplo: una persona os dice que experimenta un dolor muy vivo, en toda la mitad derecha de la cara; el ojo, el oído, los dientes del mismo lado están afectados, y este sufrimiento se manifiesta principalmente en la noche; se agrava, además, por el calor, y provoca una salivación abundante.

¿Qué medicina elegiríais? El caso no es dudoso, entre mil homeópatas, uno sólo, «quizá» no daría «mercurio soluble.» Este remedio reclama la prioridad á justo título. Pero esta persona agrega, que su neuralgia estalló á consecuencia de una violenta cólera; dadle entonces «chamomilla.» Si fuese á consecuencia de una inmersión en el agua, ó después de haber dormido en la tierra húmeda, entonces le daréis «dulcamara,» etc. . . .

Y si por el contrario, el examen de los antecedentes, os hace descubrir que, esta neuralgia es debida al abuso del mercurio, de la chamomilla, del café, etc. . . . ¿qué haríais? Daríais inmediatamente el antidoto de esta enfermedad medicinal, que viene á ofrecerse á vuestra observación.

Este sería el momento de hablar de esas numerosas enfermedades que se nos traen á nuestros consultorios, y que tienen su origen en los medicamentos intempestivos, ó administrados en alta dosis; pero, prefiero dejar esta digresión para otra conferencia, en donde encontrará su lugar más natural.

En una de nuestras pláticas precedentes, os he demostrado la unidad dogmática de nuestra doctrina; aquí podréis ver, conforme á todas estas consideraciones, su «unidad práctica.» Es imposible, en efecto,

que los médicos homeópatas, no sean del «mismo sentir,» y del «mismo obrar,» en sus consultas puesto que ellos ven los mismos objetos con el mismo estereoscopio.

En efecto, la figura de un medicamento no puede variar, la figura de una enfermedad tampoco puede variar; por lo que los médicos que son llamados á juzgar de la relación de estos términos, tendrán todos la misma opinión.

Todos saben hoy á qué atenerse respecto al modo de llamar y de reunir á varios médicos en un caso grave. Esas pretendidas consultas halagan bastante la vanidad de los parientes, y terminan muy frecuentemente, con los preparativos del enfermo para su largo viaje, y arrojan algunos granos en el molino de los señores doctores.

Esas consultas han alimentado las comedias y los chistes de los autores satíricos, para poder hablar de ellas libremente.

Un antiguo escritor dijo con razón: «El que no tiene más que un médico, tiene uno; quien tiene dos, no tiene más que la MITAD de uno; pero quien tiene tres, no tiene NINGUNO.»

Casi en el mismo sentido, Napoleón 1º dijo: «Prefiero un mal general á dos buenos generales.»

Este es el caso de decir: TOT CA-

PITA, TOT SENSUS; traducción libre; tantos médicos, tantas opiniones.

Mas no se ven tan grandes divergencias, en las consultas de los homeópatas. Podréis, para convenceros de ello, hacer la experiencia siguiente: Escribid los síntomas de una enfermedad bien conocida y bien caracterizada. Que el cuadro sintomático esté bien dibujado. Mandadle á varios médicos homeópatas, y la mayor parte de ellos os indicarán el mismo medicamento; llevadle á varios médicos alópatas, y obtendréis varias opiniones diferentes; pues bien, ¿de qué lado os parece estar la verdad?

Dejadme leer, á este propósito, una anécdota que el Dr. Jahr relató un día en una reunión de la Sociedad homeopática de Lieja (sesión del 28 de Noviembre de 1855.) Abreviaré, á fin de no fatigar vuestra atención.

«Después de haber terminado, dice, mis estudios médicos, viajé en Alemania para completar mi instrucción. Llegué una noche á una quinta, cuyo propietario me invitó á tomar hospitalidad en su casa.

«Este era un anciano original, muy rico, muy fastidiado, enfermo hacía largo tiempo, pero en revancha, poseedor de una excelente bodega, de la que hacía los honores con ostentación. Desde que hubo conocido mi profesión: Bien me

guardaría de cumplimientos, exclamó con fuego; tengo un hijo á quien preferiría mejor verlo verdugo y no médico.—Como este brusco apóstrofe me hirió y me turbó: Escuchad, joven, añadió, viajáis para vuestra instrucción; pues bien, os voy á dar una lección de la que sacaréis provecho.

«Desde hace veinte años estoy enfermo. Me dirigí á dos médicos célebres que no pudieron entenderse; por esta razón, no tomé las medicinas de ninguno de ellos. Entonces me dediqué á correr el mundo, consultando no solamente á las ilustraciones de todas las Facultades, sino también á los doctores cuyos nombres no eran conocidos. Jamás pude hallar dos que estuviesen de acuerdo, ya sobre la naturaleza de la enfermedad, como sobre su tratamiento. Después de muchas fatigas y gastos, volví á mi casa, convencido de que la medicina, lejos de ser una ciencia, no es más que un oficio innoble.

«Sin embargo, algo he ganado, y os voy á dar la mitad de mi provecho. Al decir estas palabras, tomó un gran libro, semejante á los grandes libros de los negociantes. Las páginas de este enorme infolio, dijo al abrirlo, están divididas en tres columnas. La primera, contiene el nombre de los médicos consultados en los diversos países

que he recorrido; la segunda, las indicaciones de mi enfermedad, la tercera, finalmente, las prescripciones y las medicinas apropiadas. Total, del contenido de las columnas, 477 médicos, 313 opiniones diferentes, sobre la naturaleza de mi mal, 832 fórmulas, en las cuales hay 1,097 medicamentos.

«Como veis, continuó, no he economizado ni trabajo ni dinero. Si yo hubiera hallado á tres doctores de la misma opinión, me hubiera sometido á su tratamiento, pero no tuve esa felicidad. No me he cansado, y este registro os lo prueba. Ha sido llevado día á día, con el cuidado más minucioso. Y ahora ¿que os parecen la medicina y los médicos? ¡OH COMEDIANTE! No os agradaría dijo; prestándome una pluma, aumentar mi preciosa colección?

«No tuve deseos de ello. Me contenté con preguntarle si Hahnemann, figuraba en ese martirologio de nuevo cuño.

«Sin duda, sin duda alguna buscad en el núm. 301. Busqué y hallé. Nombre de la enfermedad, 0; nombre de la medicina, 0. Pregunté la explicación de esos dos ceros; el singular enfermo me respondió: Esta consulta es la más racional, la más lógica. No concerniendoos el nombre de la enfermedad dijo Hahnemann, escribió CERO, y no

concerniendoos el nombre de la medicina, escribo también CERO; se trata solamente de la curación. Yo hubiera seguido las prescripciones de este hombre; pero desdichadamente estaba solo, y yo necesitaba tres,

«Después de algunos instantes de reflexión, le pregunté si, á pesar de sus tentativas infructuosas no quería hacer un último ensayo, garantizándole el éxito probable. Hallaréis le dije, no solo tres médicos de acuerdo, sino un número mucho mayor. No obstante su incredulidad, consintió en mi proposición, para procurarse un pasatiempo y agregar algunas páginas á su gran libro.

«Hicimos la descripción de su enfermedad, y la enviamos á 33 médicos homeópatas de diversos países. Cada carta contenía el precio de la consulta. En seguida me despedí de mi original.

«Hace poco tiempo, me envió una barrica de vino del Rhin de 1822. Hallé, me escribió, 22 doctores de la misma opinión; más de lo que yo me atrevía á esperar. En consecuencia, sigo el tratamiento de aquél de ellos, que es el más vecino de mi habitación. Os envío esa barrica por miedo de beber mucho de ese excelente vino, para estejar el restablecimiento de mi salud. Héme aquí, gracias á vos y á la Ho-

meopatía, convertido á la medicina y reconciliado con los médicos.»

Prosigamos ahora nuestro asunto.

Cuando halláis hecho la elección de una medicina conveniente, administradla siempre SOLA. Un medicamento es celoso de su libertad individual, y en su esfera de acción, no gusta de chocarse con ningún vecino lo que hace quiere hacerlo solo, y para ello tiene sus razones. Estas razones ya las hemos mencionado, y además este artículo de nuestra doctrina es admitido, poco á poco, por nuestros adversarios, quienes se convierten á él todos los días. Leed el final de la carta del Dr. Munaret, de la cual ya se ha hecho mención.

«En definitiva, dice, no se trata de preconizar una preparación oficial, sino de la especificidad y de la simplificación de nuestras fórmulas, vanamente reclamada, desde Hipócrates, por todos, los buenos prácticos. «La mezcla de medicamentos es hija de la ignorancia,» decía el filósofo que acabo de nombrar. Yo agrego que la polifarmacia es parienta muy cercana del «charlatanismo,» que protege, por una oculta solidaridad la reputación «del médico vulgar» y los intereses «de una profesión que se va.»

¡El Dr. Munaret es médico alópata, recordadlo!

No solamente, no se deben mezclar varios medicamentos en una poción, sino que no se deben mezclar varias diluciones del mismo remedio. Dos ó tres prácticos homeópatas han propuesto esta mezcla mística. Así propinando la digital, por ejemplo, ponen en el frasco, de la 6ª dilución, de la 15ª y de la 24ª. . . Una gota de cada una.

¡Vaya una idea, Dios mío! ¿y como ha podido brotar del cerebro de un homeópata? En verdad, esto huele un poco al fruto del viejo árbol. Esto es como si se quisiera colocar detrás del vidrio de un cuadro, varios retratos del mismo individuo, de diferentes dimensiones y pegados unos atrás de otros.

¡Bendito sea Dios! Hahnemann murió antes de haber conocido un atentado semejante á la pureza de su doctrina.

Después de la elección del medicamento, lo más importante, es la dilución.

Mas, si esto es lo más importante, es también desdichadamente lo más difícil; éste es uno de los artículos más misteriosos del código hahnemanniano. Así no faltan los comentarios, porque es de notarse que el número de comentarios, está siempre en razón de la aspereza de una ley. Este es el primer fantasma que espanta las investigaciones prácticas, esta es la pri-

mera espina que entra al pie del neófito, en la vía de la clínica.

Todos los homeópatas, desde el maestro hasta sus discípulos y sus continuadores, han buscado, y cada uno ha hallado á su manera. Todos han querido desatar el nudo gordiano, y, forzosamente, debían presentarse algunos bastantes impacientes para cortarle, no pudiendo desatarle.

Comparando, como ya lo he hecho, á un piano indefinido, la escala de los dosis de un medicamento, desde la materia hasta el fluido, ¿qué nota debe herirse, para hallar el sonido relativo de la cuerda que vibra en el piano vital? ¿Cómo hallar la nota que debe resonar al unísono del dolor?

Para allanar la dificultad, unos—como el método musical de Galin—han querido hacer desaparecer los tonos absolutos, y reducir á un solo tono monotipo, todos los matices de la armonía vocal. Otros, despreciando todas las reglas prácticas, adoptan indiferentemente, cualquiera nota por tono, y su canto no está sometido á ningun diapason.

El primero de estos medios es un poco exagerado, y el segundo es absurdo. Para el verdadero artista, cada nota tiene su valor, cada acorde su destino, y cada tono traduce cada matiz de la armonía.

Esta comparación, os hará perfectamente comprender mi pensamiento.

Entre los prácticos homeópatas, unos han adoptado una sola dilución, comunmente la 30ª, y los otros, no se fijan en ninguno de los grados de la escala posológica, y cualquiera dilución les parece buena. Con tal que hagan bien la elección del medicamento, la dosis, les es completamente indiferente.

Otros, en fin, procuran administrar el medicamento, en la dosis que les parece más conveniente al caso patológico; desde las masas hasta los fluidos, desde el primero hasta el último grado de la escala, no desprecian ninguno, poniéndolos á todos en acción.

Que no se emplee más que una sola dilución, es lo que no comprendo. ¿Para qué, pues, preparar otras? ¿Por qué, en posesión de varios medios, no poner más que uno solo á su servicio? ¿Qué diríais de un amo que no mandase jamás sino á uno solo de sus criados, ó de un arpista que no pulsara jamás más que una sola cuerda de su instrumento?

Que se emplee tal ó cual dilución, indiferentemente, todavía lo comprendo menos. En verdad, os digo, si alguno os propone este falso precepto, huid, huid muy lejos.

Huid como del anticristo de la doctrina hahnemanniana.

Para llegar á la elección fácil de la dosis conveniente, es esencial formarse una idea justa de la naturaleza de los medicamentos, una idea, á lo ménos, aproximada y probable, porque la naturaleza de los medicamentos, nos es tan oculta, como la de las enfermedades; pero si no sabéis lo que «son,» cuando ménos debéis saber lo que «no son.»

Por tanto, no preguntéis, si, entre las diluciones, hay fuertes y débiles, y si el procedimiento por el que se dinamizan los medicamentos, disminuye ó aumenta su virtud é intensidad terapéutica; ¿alguna vez habéis oído hablar de la fuerza de un rayo de luz?

Los medicamentos, no son ni débiles ni fuertes.

Ya os he dicho lo que debe entenderse por dinamismo y dinamización. Aunque estos términos tengan, por raíz, á una palabra griega que significa fuerza, no designan ningún grado de fuerza, ni ascendente ni descendente. Nada de logomaquia, no os fijéis en la letra; porque, sabéis que «la letra mata y el espíritu es el que vivifica.»

Nuestras manipulaciones farmacéuticas, modifican—iba á decir cambian—la naturaleza de los medicamentos. Aquellos que tienen